

Número 24

Año I



El Album

DE MADRID
Semnario ilustrado



REDAGCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: VILLANUEVA, 17. MADRID

22-SEPTIEMBRE-1899

UNA DE FRENTE, POR DETRAS

15 céntimos

	<p>FABIÁN MERINO ENCUADERNADOR Farmacia, 7.—Madrid. Especialidad en inscripciones para coronas fúnebres.</p>	<p>CENTRO DE SUSCRIPCIONES Y ENGUADERNACIONES DE Juan Antonio Martínez Z. PORVENIR. Z. LA UNIÓN.—(MURCIA)</p>
<p>DISPONIBLE 0</p>	<p>DISPONIBLE</p>	<p>* Este Centro se encarga de la explotación de toda clase de obras, periódicos y revistas para la venta y suscripciones en esta plaza y sus pueblos limítrofes, y dispone de personal capaz para el mayor éxito en esta clase de negocios. Corresponsal en La Unión de EL ALBUM DE MADRID</p>
<p>“EL FUERBA.” AGENCIA DE POMPAS FÚNEBRES Fuencarral, 106. Teléfono 2.304. Servicios fúnebres completos desde lo más modesto á lo más lujoso. Coronas, lápidas, traslados y embalsamamientos. DESPACHO PERMANENTE</p>		<p>DISPONIBLE</p>



EL ALBUM DE MADRID

22 DE SEPTIEMBRE DE 1899

CRÓNICAS DEL VERANO

Los segundos del "cuco,"

¡Mire usted lo que son las casualidades! ¡Quién me había de decir anoche que allí en el propio terradillo de la casa de Tomás, un antiguo y leal amigo de mis tiempos de estudiante, iba á encontrar asunto interesante para una de estas crónicas, no siempre consagradas á la política veraniega, llena de sombras, de cambios de postura, de anuncios temerosos — que ya no espantan ni á los chicos de la escuela — de revelaciones, de descubrimientos de mediterráneos, de todo el bagaje que se traen por playas y balnearios los señores del margen para estar siempre en candelero y no dejar en paz á la sin hueso tras de haberla atormentado en las Cámaras meses y meses, sin que con ello hayamos tenido ni el canto de una uña de provecho!

Estábamos al fresco. El día había sido de prueba: un día capaz de hombrearse con los que estarán gozando en los Madriles las personas que no salen de buero.

Las montañas aparecían coronadas de nubarrones amenazadores, los relámpagos hacían brillar con resplandores

de incendio los cristales de los miradores de las casas. ¡Incendio he dicho? No era flojo el que se veía allí, á lo lejos, en un monte de pinos y de robledales que ardía por los cuatro costados.

El toldo temeroso de nubes fué tapando el azul del cielo; la oscuridad se hizo absoluta; cayeron unas cuantas gotazas sobre las hojas del parral que nos servía de dosel; el ambiente se llenó de ese olor típico y especial de tierra mojada; el viento adquirió trazas de huracán y golpeaba con violencia las persianas y colgaduras; sólo á lo lejos el incendio acentuaba su línea rojiza; las llamas rompían la oscuridad siniestra, alzándose sobre el humo espeso y negrozco de la leña verde y enviando envueltos en ráfagas de aire caliente rumores indescriptibles y madrosos de gritos de espanto, de gentes que huyen, de árboles que se desgarran, de chasquidos de ramas, horas antes frías y sanas y lozanas, sorprendidas por el fuego que hacía estallar la savia viva y poderosa que corría por ellas...

—¿Empezaremos ya? Oí decir allá en el propio terradillo. Era el que hablaba un hombre alto, fibroso, los ojos grandes y vivos, la frente alta y noble, la cara enjuta y atezada, el pelo corto y entrecano, la barba blanca y fuerte, el ademán severo y reposado.

Lo había visto antes abajo, en el comedor de la casa, mano á mano—igual que nosotros—con un buen plato de costillas, una botella de excelente Valdepeñas y el turno pacífico unos pollos dorados y jugosos que parecían estar-nos diciendo con sus picos requemados por la fogata del horno:

—¡Nosotros si que somos canela fina!

La presentación fué lacónica:

—¡El Sr. Zabalza!

Nos estrechamos las manos con igual carencia de efusión con que se saludaba uno doscientas veces cada día con las personas que se tropieza y a las cuales no ha de volver á encontrar en los siglos de los siglos.

Yo me creí en el caso de decir algo:

—¡Es usted pariente de Zabalza el músico?

Me contestó que lo ignoraba, pero más que con los labios, levantando los brazos con ademán de indiferencia suprema. A aquel hombre debía tenerle sin cuidado que pudieran suponerlo pariente del Czar de todas las Rusias.

Después nada; comía y callaba el hombre de mi relato, que visto al pronto parecía viejo y observado con atención, joven envejecido por alguno de esos tremendos dolores del alma, que doblan la cintura más tesa y erguida, y convierten en blanco el pelo más negro y fuerte.

—¿Empezar(mos ya?—Repetía como maquinalmente viendo el espectáculo aterrador del incendio que crecía y crecía con fragoroso estrépito subiendo por las laderas, arrasando robles y poniendo en furiosa huida los ganados.

—¿Qué teme usted?

—¡Bah! Fue una duda del primer momento. Esto es pura casualidad y nada más; pero así comenzó el baile la otra vez allá detrás de aquellas montañas.

—Zabalza ha sido militar—apuntó mi amigo Tomás;—hizo toda la campaña carlista como segundo de la contraguerrilla del Cojo Ciráqui.

—Los segundos éramos dos; yo mandaba la caballería, y Caro, el otro teniente, la infantería... Me acuerdo; fué una noche así de tristonía y oscura; se habían reunido en una habitación los liberales de aquel pueblecillo para organizar una partida que pusiera coto á los atropellos de los otros... Nos asaban, y aquello no podía seguir así. La habitación era

pequeña, los reunidos muchos. El aire que se colaba por una puertecilla no podía barrer aquella atmósfera caliente y ahogadiza, formada por el humo de los cigarros, el vaho de los cuerpos agitados por una discusión ardiente y el tufo hermoso de un cándido que almorzaba á medias la estancia... No sé cómo; ello fué que por la puerta, por la chimenea, hasta creo que de debajo de los ladrillos, se aparecieron los carlistas. ¡Control! desespera recordarlo. A tiros, bayonetazos y estocadas tumbaron á los más. Hombre hubo que, á falta de armas, se llevó al otro barrio cachos de faccioso en los dientes y entre las uñas. Algunos, gateando en las tinieblas, pues el cándido allí fué al diablo en los primeros embites, tropezando en cuerpos muertos, aún palpitantes, sintiendo en aquella angustiosa retirada las caricias de alguna bayoneta ahogando los quejidos para no delatarnos, pudimos salir. El Cojo se metió en una pipa de vino, y agazapado, sin movimiento ni respiración, vió pasar la muerte mil veces ante los ojos.

Los carlistas le buscaban con rabia infinita; hundían las bayonetas en las pipas para acabarle allí como á una rata. Caro, tras unos lienzos, pegado á ellos como la ostra al peñasco, los sintió pasar y cruzar ebrios de sangre y de venganza, buscando en los rincones nuevas víctimas.

—¡Que no quede uno!—decía el que parecía jefe de aquella tropa, y metió un bayonetazo en el lienzo que atravesó las piernas de Caro.

Este no dió un grito ni hizo ningún movimiento. Por eso salvó la piel, aunque agujereada...

Y mire usted, así comenzó aquella contraguerrilla. A la mañana siguiente nos juntamos, unos heridos, otros destrozados, otros con luto en el alma y rabia de venganza, otros con el pelo y la barba blancos como la nieve, y empezó la maniobra.

Guerra sin cuartel, de emboscadas, de sorpresas, durmiendo como las grullas, en un pie, atentos al menor ruido, ju-

gándose la vida todos los minutos, llorando todos los días un compañero que se quedaba muerto en cualquiera escarpadura y haciendo más estragos en la facción que un cuerpo de ejército.

¿Y... después?—Pregunté con cierta timidez.

—Pues ya lo ve usted. A unos se les reconocieron sus empleos y otros nos quedamos en la parte de afuera como si nada hubiera pasado. Caro está ahí, más arriba, en Tolosa, con sus mil pesetas de sueldo en no sé qué destino, y yo... yo estoy en mi pueblo con mis hijos y mi familia cuidando del cacho de hacienda para que nada les falte...

..

Atentos al relato hecho en forma entrecortada, brusca, un tanto incoherente como si despertara en el narrador mal dormidas vehemencias, no echamos de ver que llovía á más y mejor, que el cielo estaba oscuro como boca de lobo, que el trueno retumbaba con espantable estrépito en aquellas montañas y que el incendio combatido desde arriba por el mismo Dios, que sin duda evitaba mayores daños enviando el aguacero, iba de vencida.

Se llamas que minutos antes tocaban al vértice del monte, fueron bajando, bajando. Ya sólo se veía una cinta dorada, estrecha, coronada por el humo; luego el chubasco se convirtió en diluvio que apagaba las encendidas brasas; luego una columna negra subió hasta las nubes; después nada.

EDUARDO MUÑOZ.

Vitoria.

NOTA. El buen sentido de nuestros lectores salvará una errata de imprenta en el epígrafe de este artículo, que dice *Los segundos del «cuelo»*, debiendo decir del «Cajo».

LA DECENCIA

Entre todas las cuestiones de importancia y trascendencia, no hay cuestión más debatida, ni más árida de exponer, que la grave y complicada de probar que la decencia es cada cual hoy la define como Dios le da á entender.

Los actores, los toreros, los maletas, los pintores; el político ambicioso que en el banco azul se cuela; el bizarro comandante que en el pecho ostenta honores sin haber visto en su vida ningún campo de batalla; el muchacho calavera que sin fino en una noche con juerguistas y mujeres desfilara su causal; y el marqués que triunfa y vive malgastando en casa y coche y entrapado á todas horas tiene siempre el capital, os dirán que son decentes con decoro extraordinario sin que puedan explicarse ni explicar por qué razón.

La decencia no conocen, más propalan lo contrario porque tienen todos de eso, la completa convicción. Todo el mundo es muy franco, muy simpático y corriente; las muchachas todas ellas son modelo de virtud; todo el mundo es muy amable, muy sensato y muy prudente; todo el mundo se conduce con decoro y rectitud, y por más que usted se afane, de antemano le aseguro, que no encuentra entre la gente que pasea por ahí, quien le saque de la duda, del apuro ó del apuro, que me trae tan preocupado, sin razón ninguna, á mí.

Si en el mundo no hay farantes, ni tampoco hombres malvados, ¿por qué causan en nuestra patria van las cosas siempre mal? ¿Por qué roban los que roban? ¿Quiénes son, pues, los honrados? ¿Por qué matan los que matan? ¿Por qué hay tanto criminal? Entre todas las cuestiones de importancia y trascendencia, no conozco otra tan árida de explicar ni comprender. Todo el mundo es muy decente, y es que hoy día la decencia, cada cual la definimos como Dios nos da á entender.

ANTONIO SOLER.

AL DOLOR

I

Tú nos recoges al nacer, y en vano es luchar contra tí. Nunca vencido, la vida universal siempre ha gemido sujeta al férreo yugo de tu mano. ¡Ay! si en la inmensidad tu soberano poder, sobreponiéndose al olvido, el llanto condensase que ha vertido desde su origen el linaje humano; si la fóbrega nube reventara y bajo su espantosa pesadumbre en lluvia torrencial se desatará, focando el mundo en su postrero día el diluvio de las lágrimas, la cumbre de los más altos montes, cubriría.

II

¿Quién escapa de tí? ¿Quién tu castigo evita? ¿Quién se esconde á tu mirada? Desde que el hombre emprende su jornada de la cuna al sepulcro va contigo. Mas no con torpe lengua te mal-digo ¡oh dolor! cuya fuerza inconstrastada, como Dios sacó un mundo de la nada, sacas del mal la luz que adoro y sigo. Fuerte, artista que labras tu es-cultura, el bloque humano sin piedad golpeas y el bien arrancas de su entraña dura.

Chispas de tu cincel son las ideas con que iluminas nuestra noche oscura, cuando tus obras inmortales creas.

GASPAR NUÑEZ DE ARCE.



Yo lo sé; en los sueños en que el alma flota, una voz lejana me lo dijo á solas...

Confundiendo el hombre siempre luz y sombra ve en venir la una, ve en partir la otra.

Yo lo sé... en las dudas en que el alma ahonda una voz extraña me lo dijo á solas...

Hay mirando á espacios que lo humano ignora un ángel que ríe sobre cada fosa.

Y mirando al alma que al venir custodia

sobre cada cuna la alta frente dobla, la invisible imagen de un ángel que llora...

José ALMENDROS CAMPS.

FRASE HECHA

No hay mayor tontería que decir esto:
—Hermano, Dios te ampare, no teeo suelto.
—Vaya un hermano, que no me da dinero por no cambiárlol

MIGUEL RAMOS CARRIÓN.

CONVENCIMIENTO

Siempre que nuestra dicha depende de otros, la desgracia es segura para nosotros. ¡Sin egoismo, nunca amarás á nadie como á tí mismo.

V. COLORADO.



MARIA REGINA



EL TRIPAS

Una de las mesas del café más inmediata al mostrador estaba (ayer, anteaer, cualquier día de un año cualquiera) monopolizada por gente toruacoma. Allí acudían banderilleros y picadores, contratistas de caballos y apoderados de jefes de cuadrilla, antiguos aficionados al arte de los que convierten su afición á los toros en la única afición de su vida, chalanes y tal cual linajudo joven protector de las bellas artes y que fundan su gloria en *anzar* al mundo del aplauso un banderillero y una bailarina.

En aquella mesa cuadrilonga, cubierta de cristal, embardunada con anuncios multicolores, se hacia un gran consumo de *biftées* y botellas de manzanilla, de cafés y puros, sin que faltara jamás una fila de copas de grueso vidrio, tallado toscamente, y en que se servían dedales de un líquido que sabía á lacre disuelto en alcohol y que se vendía por cognac. La conversación versaba allí siempre sobre dos ejes únicos: mujeres y toros, y se mezclaban en el diálogo nombres de pecadoras á la moda y de ganaderías celebradas, honras y cogidas, amor y cuernos.

Voces de la germania y neologismos populares salpicaban aquel vocabulario con partículas de brillo falso, como el de las lentejuelas de un traje barato de torero. Por allí habian pasado *Huadillo*, antes de ser el primer espada de la época, *Trayasilbas*, cuando se andaba á la brida, y *Paconeto* cuando su dicha mayor era ponerle un par en los rubios á una tostada de abajo. Lo que el antiguo *Varnasillo* del Suizo era para los literatos, eso mismo era aquella mesa para los varones de pelo trenzado. Academia, ateneo, tribunal, casa de contratación, agencia de ajustés, banco de empréstitos, punto de cita para francachelas y desafíos, fonda y hasta hogar de los que no le tenían.

Por entonces el rey de la mesa era *Tripas*, el de los pies ligeros, el de la mano firme, cuyo rostro moreno, *junietado*, cuidadosamente raspado por el barbero, tenía tantos granos

y costurones, que parecía encuadernado en orejones de Calatuyud.

A pesar de eso, su conjunto era soberbio y agradable, como el de un animal bien mantenido. Era vanidoso y caritativo, despilfarraba el dinero sosteniendo cuatro ó cinco queridas de distintas categorías sociales: una hija de un capitán, otra mujer de un vendedor de churros, llevando á la casa de la señorita de la clase media el olor de la fritanga de buñuelos, y en sus requiebros á la buñolera dejos de finura aprendidos con la otra. Protegía á una multitud de pelagatos con coleta, habiendo en su ser moral algo de la silueta de un sultán de la decadencia con la necesidad del fausto, el amor y la venganza, de la adulación y la farándula.

Un día de peligro de muerte y de luchas heroicas entre tempestades de aplausos y silbidos, y luego seis días de fiestas y bacanales, de delirios y embriaguez. Viajar en tren expreso, disponiendo el itinerario como un rey; ser recibido en las poblaciones por música y concejales, hospedado en las mejores fondas y llevar detrás de sí la admiración y los comentarios sobre el valor y la arrogancia de su persona. Servir de tema á las discusiones de los periódicos, á las agudezas de los revisteros y dar tanto que hacer al telégrafo como Dreyfus y Kruger... ¿No era esta la vida del *Tripas*? De su propia rudeza, de su nativo y no desconcertado salvajismo, de su fealdad clásica, de su ordinario hasta é inculta habla sacado el *Tripas* un poema de dichas sociales, poema de que cada día era una estrofa y cada corrida de toros un canto.

♦♦

A la única sala del Matadero de Madrid iba, hace años, un mozo mal vestido y peor encariado, hijo de un carnicero que vendía poco y cuyo negocio marchaba de mal en peor... El muchacho desempeñaba en el Matadero un ministerio importante, el de afilar las cuchillas, pasando por los cortes un hierro redondo y largo como palillo de tambor. De mote le llamaban el *Tripas*, porque á diario se llevaba á su casa, en pago de su trabajo, una cesta llena de condumio de carnero

que él revendía para que sirviesen de alimento á los gatos de la villa. Criábase el mozo como si fuese comensal de los gatos, tan flácido y paliducho, que era una lástima. Los calzones que llevaba, más que calzones, parecían escarpate de remiendos, dechado de manchas. Los pies jamás consiguió llevarlos en aquellos días de su mocedad dentro de zapatos cabales: cuando no le faltaban los tacones, un agujero enseñaba las puntas de los dedos. Un día omitioso de hambre y desgracia, tuvo que bajar al río á buscar quien le diese un pedazo de pan por cargarse como un burro de ropa recién lavada; pero sus hombros no habían sido moldeados por Dios para servir de base á un trabajo de gañán. A mitad de camino tiró el talego de la ropa y cuadrándose ante la lavandera, dijo:

—¿Soy yo alguna bestia para ir así?

La primera vez que se puso delante de unos cuernos fué en Polvoranca, donde se celebraba la anual fiesta de novillos, y salió bien de la prueba.

Después empezó á rodar por esos pueblos de Dios, siempre á la humza de corridas de toros, y cuando acababa la lidia, emprendía de nuevo su marcha pidiendo limosna por los caminos. El sentía algo divino allá adentro. Y en verdad que en poco estuvo que no se lo sacara por mala parte un toro de Miraflores, que tenía en cada cuerno un tirabuzón y una intención trascendental y temerosa. Herido fué al Hospital, de donde un día le echaron porque estaba bueno y sano.

Durante una semana bordeó los límites del país de Rincónete; pero su honra fue natural le impidió hacerle un quiebro al Código, y volvió al Matadero.

Después...

Después, la primera vez que nos dan cuenta de él nuestros apuntes nos le pintan relacionado con grandes de España y altos próceres. Viste elegante traje, lleva brillantes, en la camisa y una onza en el bolsillo. Los más distinguidos jóvenes de la sociedad superior le convidan á comer. Ayer se emborrachaba con peleón adulterado con campeche, y unos ca-

llos picantes eran su banquete de las solemnidades. Hoy devora pechugas de ave y trufas, bebe champagne y la troca-do en un punto sus amistades con los guripas por el trato de la gente adinerada.

Su fortuna fue rápida. Como en un sueño se pasa en un segundo desde la miseria á la opulencia él pasó desde el hambre al hartazgo, desde el merendero de la Pelona á Fornos, desde las burlas de las más bajas hembras al amor de hermosísimas damas. En sus delirios amorosos se confunden el percal y los encajes, el olor de la cebolla y el del *oponax*.

Ultimamente se hizo protector de las artes, compró cuadros y libros y un día le sorprendió persona de mi confianza en casa de Fe suscribiéndose á la *Revista de Edimburgo*. Un cambio radical se ha operado en su persona. Se avergüenza de su ignorancia y quiere cubrirla bajo usos de persona culta. Habla de política y ha conseguido figurar en el Censo electoral. *Tripas* es elector: suprema ambición que no han logrado Pérez Galdós ni Sellés. Verdad que el talento no paga contribución, y el *Tripas* es contribuyente.

Entre la turba de panivajeros que lo sigue hay un chicuelo que tendrá ahora unos quince años, esbelto, semiético, de rostro ajado por vicios precoces, de pelo negro que se peina en tres grandes núcleos, uno sobre la frente y los otros dos sobre las orejas. Un médico amigo del *Tripas* ha puesto al chicuelo un mote de circunstancias: se le llama el *Virgüilla*, y con este nombre micróbico figurará en los carteles de toros del porvenir.

Un día le dijo al *Tripas*:

—Maestro, ¿usted quiere protegerme?

—Ya lo sabes, tunante.

—Pues tengo que pedirle un favor. Quiero que me matricule usted en la Facultad de Medicina.

—¿Tú médico?

—No; yo quiero ser torero... pero el arte progresa y un torero que se respete no puede menos de saber un poquito de anatomía.

J. ORTEGA MUNILLA.



PAOLA DEL MONTE



TERESA MORELL.

CUENTECILLOS

LA LUCHA DEL AVARO

¡Con qué cuidado descubría el avaro todas las noches la trampilla que ocultaba en el suelo la abertura de la hucha! Sólo cabía por ella una moneda grande y ni el índice de un niño podía deslizarse por la entrada de aquel sepulcro de dinero, cavado en el suelo de la guardilla y revestido de cal y ladrillo para huir de la tentación de sacar jamás aquel tesoro.

Su cama estaba colocada encima y pasaba la noche en vela guardando su riqueza, contando mentalmente sus onzas y saboreando su misera opulencia. Todos los sábados depositaba una onza en la hucha, y habían pasado tantos sábados...

Una noche, durante el sueño del avaro, mientras un pobre artista y su mujer, que habitaban en el piso inferior, veían de hambre y hacían cálculos tristes, hundiéndose el techo con el peso de las onzas, y una lluvia de oro enriqueció y alegró la casa de los pobres.

—¡Dios nos socorre!—dijo la mujer.

—¡Es un tesoro oculto que ha reventado en nuestro techo!

Desde aquel día hubo abundancia en casa del artista, y el avaro vivía feliz velando sus millones y creyéndose muy rico.

Todos los sábados depositaba una onza en la hucha, que caía en casa del artista, y en vez de una había dos millonarios en la casa.

EL DESDICHADO Y LA FORTUNA

La Naturaleza no suele acompañarnos con sus lutos y alegrías en los nuestros. Día de bella apariencia era aquel en que un desdichado supo el sitio y la hora en que debía pa-

sar la Fortuna: llano de contento con aquella noticia que aseguraba su suerte, esperó á la diosa con la anticipación y anhelo de un enamorado. Las horas eran tan lentas, aquel día, que el desdichado tuvo tiempo de calcular y comprender que era conveniente obsequiar á la diosa con un ramo de flores. Inclínose precipitadamente para recoger unos claveles, luego arrancó una rosa y el rosal lanzó un gemido.

—¡Por qué me mutilas?—le dijo.

—Perdona, rosal; quiero hacer un pequeño obsequio á la Fortuna.

—Es inútil—respondió la planta con rencor—la fortuna se ha deslizado detrás de ti mientras recogías los claveles.

El desdichado sólo sintió un aleteo lejano; y todavía está esperando á la Fortuna con un ramo de flores secas en la mano.

LOS CABELLOS DE ORO

—¡Piad, pajaritos, piad y decid al hada de este bosque frondoso, que la espera su hija Alicia cubierta de harapos y llorando!

Los pajaritos piaron de lástima y el hada apareció.

—¿Qué tienes, niña?—dijo compadecida al ver aquel lindo cuerpecito tan desabrigado y andrajoso;—¿por qué tapas tu cabeza con ese pañuelo viejo? ¿No eres rica? ¿No te concedí el don de que tus cabellos fuesen de oro?

—Vengo á que me retréris ese don—respondió la niña, enseñando la cabeza que estaba completamente calva.—Como mis cabellos son de oro, todos me los arrancan: apenas nacen me los cortan al rape y me afeitan la cabeza. ¡Ay señora mía! Mientras mis cabellos sean de oro sólo será Alicia la pelona.

EL LOCO Y LA LUNA

Pasaba un loco la noche disparando tiros á la luna.

—¿Por qué tiras á la luna?—le preguntó un vecino suyo.



—Ya lo ves: para cazarla.
 —Esa carabina es de poco alcance—repuso el cuerdo—no
 cazarás á la luna con ella: ¡no sería mejor que la pescases?
 Y le enseñó en el lago el reflejo de la luna.
 El loco compró una red, y desde entonces pasa todas las
 noches junto al agua esperando que caiga la luna dentro de
 sus mallas.

—¿Qué te propones con ese engaño?—decían al cuerdo
 consejero sus amigos.
 Y éste respondía:
 —Ya que no es posible evitar las manías de los hombres,
 es una ventaja conseguir que sea inofensiva su locura.

JOSE FERNÁNDEZ BREMÓN.

Loca de amor

(POESÍA MUSICAL)

Sola en la tierra
 sabed que soy
 la pobre enferma
 del corazón.
 Mi alma inquieta
 buscando va
 la bella imagen
 de su ideal.

Y aumenta mi pena, al ver
 lo negro de esta mansión
 que en vano al mundo y al cielo
 les pido amor.
 ¡Amor!

Dejadme el nombre saber
 del ángel que adoro yo;

pero este hermoso consuelo
 no encuentro, no.
 ¡Ay! no.

Si á mí no vienes
 mi dulce bien,
 será que ignoras
 lo que yo sé.
 Hondos misterios
 del corazón
 á tí ocultarte
 no puedo yo.

Si anima tu alma inmortal
 la llama que siento en mí,
 la mía á la tuya unida
 será feliz.

¡Feliz!
 De mi amor el ideal,
 espero encontrar aquí
 que una voz desconocida
 dice que sí.
 ¡Ay! sí.

Muestra su cáliz,
 la tierna flor,
 la blanca nube
 grata visión;
 bello horizonte
 descubre ya
 mi alma inquieta
 que herida está.
 Yo quiero, amando, vivir,
 que, en sueños, mi corazón
 sintió el agradable encanto
 de dulce amor.

¡Amor!
 Yo anhelo, por siempre, unir
 mi alma partida en dos
 y así unida, en lazo santo
 volar á Dios.
 ¡A Dios!

B. PÉREZ-RIOJA.





MARIA CARLET

¿LIBRE?

En un momento de locura, cegado por aquel sol, que cerraba sus párpados y abría los poros de su piel, Juan pensó en ser libre, y huyó a una selva lejana y solitaria, llena de murmullos y de sombras.

Su albergue fué una gruta. El aire, desgarrándose en sus picos la llenaba de extrañas melodías que el eco, juguetón, hacían saltar de roca en roca.

Su estrecha entrada estaba rodeada de piltrafas y huesos; vestigios del último festín de un león cuyo esqueleto blanqueaba en el fondo de aquella negrura.

Los huesos, cubiertos de hojarasca, formaron su lecho. El cráneo del último rey de la selva fué su copa y en ella escanció el agua de un torrente cercano que arrullaba su sueño en las tristes noches invernales.

Juan, empezó a ser libre, el día en que desgarrado su traje acostumbró su cuerpo a reirse de las volcánicas caricias del estío y a burlarse de los besos glaciales del invierno.

Llegó la primavera, con su cortejo de flores, y las noches del hombre redimido se llenaron de visiones mezcla de recuerdos y esperanzas.

Matronas de esculturales cuerpos, modelados entre celajes de seda, le ofrecían su ciencia del placer, adquirida en largas noches de lucha con la impotencia. Virgenes corporales acariciaban con pudor de infante su barba hirsuta descubriendo al mover sus brazos, blancos como el muslo de Diana, bellezas que hacían pensar en placeres celestiales reservados a Dioses mitológicos.

Amamecía, el sol venía a despertarle secando los charcos, que el sudor había formado en sus arrugas, y la nostalgia de las horas de placer asediaban su alma haciéndole pensar en la vuelta hacia la esclavitud de muchos hombres por sólo poseer una de aquellas amantes de sus ensueños, bellas como las hadas de las leyendas orientales.

Luchaban la materia y el espíritu, aquella con la fuerza

imponente de lo natural; pero la voluntad del hombre era fuerte como el roble y venció, descansando para volver a luchar, el día en que el estómago con rugidos de fiera llenara su vientre de puntadas. Triunfó también y se creyó libre y en un raptó de orgullo esculpíó sobre la puerta de su gruta la siguiente leyenda:

«El hombre emancipado del trato social puede ser libre.»

Era una tarde de otoño, el sol ocultaba un disco pálido tras los últimos árboles del bosque, el cielo se cubría de nubes, la tierra de tinieblas, llovían hojas que el aire arrastraba en locos torbellinos y la naturaleza se preparaba para el sueño del invierno.

Juan, sentado en su gruta, con la cabeza caída sobre el pecho pensaba...

Una extraña confusión de ruidos vinieron a sacarle de su abstracción. A la entrada de su refugio un perro se arrastraba jadeante y dolorido amasando el polvo del suelo con su sangre. Era uno de esos perros que viven del harapo y del despojo como los vagamundos de las carreteras.

El hombre libre curó sus heridas, apagó su sed, calmó su hambre y le dispuso un lecho junto al suyo. Y aquel perro que al principio fuera para su *salvador* un juguete se convirtió más tarde en tirano.

Una mañana de invierno en que los aires de la sierra, cansados de jugar entre los riscos con los copos de nieve, habían bajado a la selva agitando sus alas plateadas por la escarcha, el tirano sintió frío, un frío intenso, el frío de la muerte y entonces el hombre libre, loco de dolor, salió en busca de algo con que calmar á su perro en las horas de la agonía.

Ha á salir al tiempo en que sus ojos se fijaron en aquel letrero que esculpiera años antes, y entonces él, que se consideraba como el más libre de los hombres, lloró amargamente su esclavitud y pensó en lo irrealizable que era su empresa sin antes haberse despojado del corazón.

CÉSAR JUARROS.



TERESA MARIANI

PARA LAS SEÑORAS

DE "LA ELEGANCIA,, SEMANARIO ILUSTRADO DE MODAS



Capelina "Magdalena,,

De tul caprichosamente colocado y bordeado de cinta fruncida de seda color malva. Gran lazo de cinta ancha de tono malva.

La Elegancia es el periódico más completo de modas, y publica figurín iluminado, patrón cortado, hojas de labores y ocho páginas de novela.

Se publica todos los domingos.

Ayuntamiento de Madrid

RICO Y POBRE

DOLORA

I

En suntuosa morada
don Judas, el banquero,
de indigestión se muere,
porque comió langosta con exceso.

II

En humilde buhardilla
Jesús, el portaflores,
casi de hambre se muere,
según dice el doctor López Moreno.

III

Así, Lúzel potente,
á veces justiciero,
en el dolor iguala
al rico comilón y al pobre hambriento

Luis VIDART.

CHISPAS

Un árbol ayer planté
del musgo en la verde alfombra
y con llanto lo regué;
que ni sus frutos verá
ni me cubrirá su sombra.

Viajan por necesidad
unos, otros por capricho,
quién por mudanza de clima,
quién por variación de sitio,
bastante por cambiar de aguas
y yo por cambiar de vinos.

¿Del mar saber quieres niña?
Pues sigue bello y azul,
murmurador como yo
y salado como tú.

MANUEL DEL PALACIO.

LOS DOS POLOS

I

Un romántico momento
hubo en la existencia mía,
en el cual, mi pensamiento,
presa de amor violento,
sin mirarte, te veía.

II

Libre al fin de tal pasión,
olvidado mi deseo,
se cambió la situación;
misterios del corazón!
Hoy te miro... y no te veo.

AUGUSTO MARTÍNEZ OLMEDILLA.

Se admiten anuncios en esta Administración á precios convencionales.

AVISO A LAS EMPRESAS PERIODÍSTICAS

LISTA PERMANENTE

Corresponsales que piden paquetes, pero que no pagan:

Acalá de Henares.—Julian Lobo

Alcoy.—Miguel Escobedo.

Cuevas (Almería).—Pedro Pérez.

Granada.—Gabriel Jáuregui.

Sevilla.—R. Morilla.

Toledo.—Constantino Garcés, director de *La Campana Gorda*.

(Se continuará.)

IMP. PARTICULAR DE EL ALBUM DE MADRID
VILLANUEVA, 17.

EL ALBUM DE MADRID

SEMANARIO ILUSTRADO

SE PUBLICA LOS VIERNES



Redacción y Administración: Villanueva, 17, Madrid



Precios de suscripción

MADRID		PROVINCIAS		EXTRANJERO	
Trimestre.....	2 pesetas.	Trimestre.....	2,50 pesetas.	Trimestre.....	4,25 francos.
Semestre.....	4 »	Semestre.....	5 »	Semestre.....	7,25 »
Año.....	7 »	Año.....	9 »	Año.....	12 »

Número corriente 15 céntimos.—Ídem atrasado 25

Las suscripciones empiezan siempre en 15 de cada mes.—Pago adelantado en sellos de correos, libranzas ó letras de fácil cobro.

Anuncios á precios convencionales.

La correspondencia y valores deberán dirigirse al Administrador, Villanueva, 17.—Madrid.

